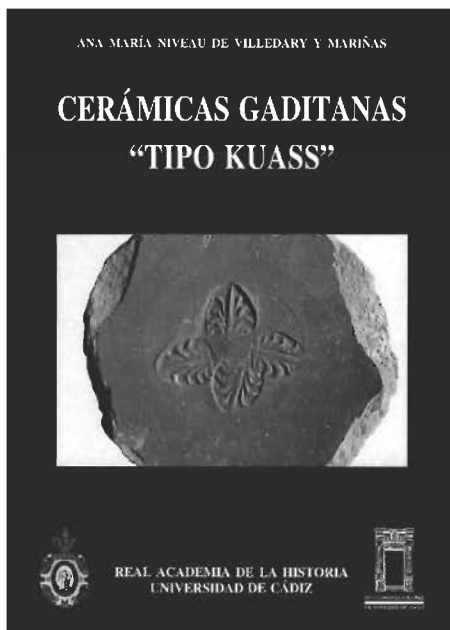


Juan Carlos Domínguez Pérez

C/ Cardenal Zapata nº 5-3º. 11004. Cádiz. Correo electrónico: jcarlosdp2004@yahoo.es

NIVEAU DE VILLEDARY, A. M., 2003: *Las cerámicas gaditanas "tipo Kuass". Bases para el análisis de la Bahía de Cádiz en época púnica.* Real Academia de la Historia y Universidad de Cádiz. Madrid.



A la Profesora Niveau le corresponde el mérito de haber sabido identificar, a partir de los trabajos originales de Ponsich, la tipología, producción y distribución de esta vajilla de mesa del círculo púnico-gaditano. Se trata de la variante regional en barniz rojo de los talleres locales convencionalmente conocidos como “*protocampanienses*” destinada a cubrir en los mercados el espacio dejado tras la desaparición en Occidente del barniz negro ático.

La monografía ofrece un elenco muy amplio de las distintas tipologías cerámicas utilizadas (platos de pescado, cuencos, boles, copas, bolsales,...), las distintas decoraciones, así como su caracterización

técnica y funcional; y goza, además, de un importante aparato figurativo incluyendo profusión de láminas y fotografías en color, que ilustra claramente estos aspectos fundamentales. Además, esta completa tipología cubre una de las mayores lagunas existentes en la producción material de Gadir en el espacio cronológico que abarca desde la consumación con personalidad propia de este círculo productivo hasta la llegada de los romanos. Debe considerarse, pues, que, junto a los trabajos existentes sobre la tipología anfórica (Gregorio De Frutos, Ángel Muñoz, Juan Ramón,...) asociada al *garum*, y a las producciones de orfebrería (Alicia Perea), permite una explicación global del fenómeno productivo y distributivo gaditano de esta época.

Tras estos apartados, la autora se centra en las fases y en la evolución de la producción, estableciendo sus inicios en los últimos años del siglo IV a.C. con un apogeo en los años centrales del III que pervive hasta el siglo I a.C. De igual forma se presenta una fundamental caracterización geográfica del Círculo a partir de la distribución de estas producciones, coincidente a grandes rasgos con la de las Mañá-Pascual A4 contemporáneas (las evolucionadas A4c/d/f), que aporta una clarificación sustancial, a partir de estas producciones materiales, sobre la entidad política y la dimensión económica de este círculo que hasta hace muy poco ha sido oscurecido bajo la sombra de Cartago.

Por contra quedan en el *debe* de la autora el no haber propuesto una denominación alternativa que supere las limitaciones historiográficas dependientes del yacimiento de Kuass. Todos sabemos ya que esta filiación conceptual no corresponde, geográfica ni funcionalmente, a la realidad productiva que arqueológicamente hemos contrastado, además de que la conceptualización basada en un modelo-tipo sólo contribuye a solidificar generalizaciones poco específicas basadas en coincidencias con él más que identificaciones *per se*. Esto es muy normal en la Arqueología Clásica, donde aún se llaman *protocampanienses* a las producciones de barniz “negro” que no tienen relación alguna ni con la Campania ni con Roma más que en su ascendencia general del barniz negro ático. Precisamente por ello entendemos que debía haberse propuesto una denominación alternativa que, sin caer en errores similares, hiciera justicia, además, al protagonismo demostrado en este proceso de fabricación de los alfares de Torre Alta en San Fernando, *máxime* cuando muy recientemente la misma Profesora Niveau ha reconocido expresamente sus dudas sobre las posibilidades de que esta cerámica se haya fabricado alguna vez en Kuass y su convencimiento de que sí se elaboraron en Torre Alta antes, incluso, del período evolucionado.

Otra carencia fundamental es la fijación (también clásica) en intentar dotar al círculo púnico-gaditano de su identidad política a través de la difusión de sus materiales en el Mediterráneo. Ciertamente se recogen yacimientos del Atlántico, pero éstos se limitan poco más que al Algarve y el litoral norteafricano. Y, a tenor de lo que ya presentan –entendemos que de manera muy acertada– otros trabajos, no hay mayor concreción geográfica que llamar a este círculo *atlántico-mediterráneo*, como demuestran los hallazgos de estos materiales al sur de Lixus, en el norte de Portugal y en el territorio costero galaico.

Con el objetivo de definir este espacio específico la autora establece la distinción entre el “*área cultural gaditana*” y su área geopolítica estableciendo tres niveles distintos en los que se confunden los centros de producción con los centros de redistribución primarios y secundarios y estableciendo una diferenciación poco convincente entre el área “*específicamente gaditana*” integrada en la Bahía de Cádiz y el “*primer círculo de distribución de la vajilla*” en la Bahía de Algeciras, Huelva, el Algarve y la costa marroquí. El tercer nivel (las comunidades púnicas de la costa mediterránea andaluza), aún echándose en falta como decía la costa atlántica portuguesa, parece más reconocido.

En el fondo el problema vuelve a ser de concepto al mezclar consideraciones a menudo nada explícitas que intentan referenciar económicamente el modelo de estado púnico-gaditano, aunque lógicamente sin llegar a abarcarlo. En este juego las categorías conceptuales se confunden cuando se pueden utilizar únicamente las económicas estableciendo las diferencias entre centros de producción y de distribución, aspecto con el cual se manifestaría claramente una organización de los sectores productivos espacialmente disimétrica y sólo funcionalmente jerarquizada, pero que no corresponden en absoluto a un estado centralizado clásico. El mismo

nivel de concentración de los hallazgos de esta vajilla y de otros referentes materiales del círculo gaditano demuestra cuantitativa y cualitativamente situaciones similares a uno y otro lado del Estrecho, hecho por el cual no hay que volver a separar en el análisis explicativo funcional aquellos fundamentos conceptuales de los que se supone hemos partido con el deseo implícito de conceder al centro nuclear púnico-gaditano un papel vertebrador en el espacio global asociado. O, dicho de otro modo, el papel económica y políticamente axial (dinamizador) de la metrópolis gaditana no debe confundirse con la supeditación política de las zonas productivas "secundarias" en una medida dependiente del alejamiento proporcional al centro nuclear gaditano. Nada nos garantiza que no existiera (eso parece deducirse en el estado actual de las investigaciones) una trama productiva-distributiva descentralizada con varios centros geográficos organizados de manera funcional y estratégica en ámbitos medianamente alejados, que funcionarían aprovechando sus condiciones naturales específicas y de manera asociada al centro político púnico-gaditano.

Paralelamente sigo sin saber por qué el *área cultural gaditana* no se corresponde con su área geopolítica y menos aún por qué se mezclan en marcos conceptuales distintos estos términos con los de territorio económico y dependencia política. Al margen de la existencia de zonas de influencia cultural que no forman parte de esta estructura económica y política (algo que no parece necesitar una explicación mayor), la cultura no es ni más ni menos que el reflejo de estas estructuras económicas y políticas, uno de cuyos aspectos como es la cultura material solemos reconocer más claramente los arqueólogos. Pero no me parece muy probable que los artículos portadores de esta "cultura-cultura" no sean también y a la vez artículos de producción púnico-gaditanos.

Parece por ello que se sigue utilizando con valor referencial un modelo urbano política y económicamente jerarquizado y que sólo es comprensible el "territorio dependiente" partiendo de la premisa de una subyugación bajo la hegemonía tirio-gaditana (*sic*). Por otro lado, me sigue dando la impresión que para explicaciones de este tipo se sigue recurriendo a concepciones culturales *in vacuum* porque se espera de ellas precisamente que sean poco expresas y descriptivas. Parece que, ante las carencias de las propuestas explicativas existentes en la actualidad sobre esta entidad política, siempre tenemos *la cultura*, que expresa sin explicar y refiere sin comprometer.

Para colmo, conceptos como "circuito interno/circuito externo" que probablemente resulten aptos (y cómodos) en lo funcional para identificar espacialmente la articulación política y geo-económica de estos grandes círculos productivos, reproducen un discurso argumental jerarquizado desde un centro político hegemónico, obviando la falta de integración política de los territorios "culturalmente afines" en esta realidad política superior, así como su personalidad histórica específica, su propia estructura política y económica, al margen del centro de gestión política con el que coyunturalmente coincide en un conjunto de intereses económicos

manifiestos merced a los cuales se establece una alianza tácita y coyuntural entre oligarquías locales y centrales.

En coherencia debo añadir que lo que explica el auge y alcance del taller gaditano no es la supuesta “*dinámica económica y comercial del siglo III a.C., de acusada tendencia autárquica*”, sino el propio peso político y económico de Gadir en el entramado del Mediterráneo occidental materializado en el mantenimiento de todas sus estructuras productivas y distributivas históricas -primero frente a Cartago y más tarde frente a Roma- sin merma en un siglo cargado de enfrentamientos cuasi-definitivos para la macro-reestructuración política y económica de todo el Mediterráneo. Así se desprende del manifiesto aumento del tráfico marítimo que se produce en Occidente desde el siglo IV a.C., mientras se estanca el Mediterráneo oriental, lo que viene a concretarse ya en el III en el cerrado enfrentamiento de las dos potencias por su control, además de la asimilación política o económica del resto de los grandes círculos productivos estudiados.

En otro orden de cosas, y al igual que con el yacimiento del Castillo de Doña Blanca y el Poblado de Las Cumbres, fuente esencial de datos para este trabajo, seguimos adoleciendo de un modelo explicativo de la dialéctica entre lo fenicio occidental y lo turdetano. De igual forma, no están demostrados ni el tipo ni el grado de vinculación existente entre los centros de productores de los distintos recursos del Círculo y los centros rurales y alfareros “dependientes”, por lo que no sabemos aún cómo estaba estructurado políticamente este territorio, cuál era su centro nuclear o, ni siquiera, si existía políticamente este centro como tal. Sin ir más lejos este problema se visualiza claramente en el Castillo de Doña Blanca/Poblado de Las Cumbres, cuya fundación (aún hoy realmente desconocida) y su interpretación funcional han sufrido crudamente los avatares historiográficos más recientes proporcionando interpretaciones tan dispares que van desde ser considerado la propia Gadir a centro turdetano, bastión militar cartaginés o mero asentamiento industrial. Avanzar en la explicación de este gran problema pasa probablemente por responder a preguntas como: ¿se puede entender el potencial productivo y distributivo de Gadir sin esta relación con el territorio (y los recursos) turdetanos? ¿Dónde están los “límites” (si estos existen)? ¿Cómo se articulan en lo político, en lo económico, en lo social y en lo cultural estas dos entidades?

Lamentablemente otra de las carencias conceptuales y explicativas que suma esta obra a sus excelencias formales es el recurso habitual a la de forma más primaria de difusionismo clásico. Es posible que se trate de un difusionismo involuntario, pero claramente “confesional”. La única diferencia estriba en que ahora los desarrollos cualitativos y cuantitativos singulares ya no vienen de Tiro, sino de los tirios gaditanos, ciudadanos principados, oligarcas y emprendedores navieros experimentados, que reúnen en sí el poso de las esencias de los Imperios orientales y son sabios gestores en su único provecho de la herencia y la riqueza de Tartessos y de su complejo epílogo, el cual aún hoy tienen que llamar para entrar los turdetanos.

Tal vez en esta línea convendría cuestionarse (como ya ha hecho el Profesor Genaro Chic) si el único camino hacia la civilización era realmente el modelo urbano. A ello se podría sumar, de manera paralela, el estudio de aquellos grandes centros indígenas que se consolidan en estas fechas produciéndose, además, un proceso de concentración de la población circundante junto a la aparición de nuevos centros secundarios en sus alrededores sin que sepamos (insisto: en el estado actual de las investigaciones) de un desarrollo ni siquiera embrionario de sistema afín o cercano a la *polis* del mundo clásico al que de manera explícita o implícita siempre conferimos un valor paradigmático predeterminado. Y de qué relación tienen estos procesos con el de concentración de la riqueza visible en la aparición e importancia creciente de los régulos locales.

Finalmente (y desde nuestra visión de la historia) me parece lo más preocupante la renuncia implícita que hace esta obra a construir una historia social, aspecto que, lejos de constituir una cuestión accesorio o "escolástica" cada vez más se convierte en fundamental. Y ello porque si no es así, a la hora de proceder al análisis explicativo de los materiales estudiados, se acaban haciendo generalizaciones gratuitas como aquella en que se sostiene que "*el cambio de estructura económica conlleva también el reordenamiento de la estructura poblacional*". Ninguna estructura se establece o modifica por sí misma. La metáfora, como toda arquitectura conceptual, resulta estéticamente funcional, pero no históricamente explicativa. Lo esencial en este caso es nuevamente responder a preguntas cruciales. ¿Por qué se produce este cambio? ¿Quién lo dinamiza y lo gestiona? ¿Con qué fines y consecuencias? Además, ninguna estructura es inocente. Tampoco la mental o la historiográfica. Y si, estando en posesión de elementos materiales muy significativos (como es el caso), no se emprende una explicación social de un proceso histórico, la arqueología, en vez de convertirse en disciplina explicativa, se vuelve elusiva y mansa, capaz de ilustrar en color un proceso productivo, pero no de inferir sus profundas implicaciones sociales.

Sin duda es un objetivo excesivo para un trabajo tipológico-formal, pero es necesario que éstas y otras preguntas sean referentes de nuestras investigaciones a partir de ahora. Todos somos conscientes de que estos estudios formales no ofrecen, por lo general, explicaciones del proceso histórico y precisamente por ello debemos contribuir a evitarlo. Algo que, sin duda, estamos más cerca de lograr gracias a trabajos como éste, que sirven de documento de discusión y están llamados a convertirse, por razones muy distintas, en básicos.